

El nieto de Miguel Bakunin nos habla de su abuelo

El doctor Luis Bakunin, nieto de Miguel Bakunin, el célebre anarquista, fundador de la Internacional, residente actualmente entre nosotros, nos ha remitido la interesante página que a continuación publicamos. Luis Bakunin nació en la isla de Cerdeña, de madre italiana y del ingeniero Carlos Bakunin, primogénito de Miguel. Estudió ciencias exactas, que luego abandonó por la medicina. A los diez y ocho años se enroló como oficial de infantería en el ejército italiano, y en el año 1919 fué a Fiume, con los voluntarios de Gabriel D'Annunzio, a juntarse con su inseparable amigo y compañero de estudios, nuestro colaborador Lamberti Sorrentino. Volvió a la Universidad de Nápoles en 1920, donde se recibió de médico. La nostalgia de tierras lejanas le hizo estudiar medicina tropical en Bruselas, ganar un concurso de médico en el Congo belga, hacer una inmensa recorrida por todo el sur del Mayumba, como encargado del censo de la enfermedad del sueño. Después de esta misión, le confiaron la dirección del Hospital de negros de Boma, la capital administrativa de la colonia belga. El año pasado, en viaje de descanso por Europa, respondiendo al llamado de su viejo compañero de andanzas, vino a nuestra República, donde su espíritu culto e inquieto vive en un perpetuo descubrimiento. Un reciente libro de Ricardo Bacchelli, cuyo personaje principal es su abuelo, el gran Miguel Bakunin, ha determinado esta protesta amable, a la cual gustosos damos cabida en nuestras páginas, porque el nieto del anarquista, además de ser médico, es un estudioso de cuestiones sociales y literarias.

En el vasto y severo cementerio del Blumengarden en Berna, hay una modesta tumba que tiene por único ornamento un ciprés y un monolito con la inscripción: *Miguel Bakunin*. - (1814-1876). El visitante que se detiene ante esta sencilla piedra, experimenta un sentimiento de infinita paz y de dulzura sin nombre.

La última vez que fui al Blumengarden, en los comienzos de 1927, la nieve había vuelto todo blanco los alrededores; la tumba misma era una sábana blanca y para encontrarla tuve que hundirme en la nieve hasta las rodillas: parecía que la naturaleza con este frío y triste manto quisiese alejar a los escépticos, a los fatuos denigradores y a los fáciles críticos del cuerpo ya vuelto polvo de aquél que todo entero se había dado y sacrificado por una idea.

¿Por qué la nieve no es eterna allí, en el cementerio de Blumengarden? Con el primer sol de primavera ella se disolverá y ningún obstáculo se opondrá ya al curioso y al incrédulo que podrá aproximarse a la tumba y ofender con la sonrisa del que no quiere creer o la injuria del partidista, las pocas cenizas que yacen bajo la piedra mortuoria.

Hoy mi tristeza es grande y sobre todo hecha de desilusión al comprender y comprobar cómo es fácil inventar leyendas y enfangar, con ligereza de corazón y de cerebro, el nombre de quien hizo de la propia vida un sacrificio ininterrumpido por el triunfo de una idea, "su idea", que él creía la única apropiada para redimir a la humanidad.

Y me asalta el recuerdo de otra visita, hecha a la aldea de Renan, un grupo de pocas casitas cubiertas por la nieve y circundadas por una cercana floresta de abetos; me indicaron una pequeña y misera casucha, cuyo hogar estaba hacía tiempo apagado y destruido: ahí dentro había vivido por cierto tiempo Bakunin. Aquel caserío me dió la visión de su vida: todo era misero y escuálido en torno a él, todo privado de razón y de belleza en su patria y en el mundo, y él había tratado de llenar, invadir, dominar y vivificar todo con la fuerza del propio pensamiento y la belleza de su espíritu, que no reflejaba otra cosa que un inmenso amor por los hombres, por esos mismos hombres entre los cuales, hoy, hay alguno que lo denigra.

De vuelta de una larga permanencia en los trópicos, he leído recién en estos días un libro del señor Ricardo Bacchelli titulado *Il Diavolo a Pontelungo*, cuyo contenido se desenvuelve en torno de un personaje principal: Miguel Bakunin.

Permítame el señor Bacchelli decirle crudamente que su libro es un error, un profundo error, histórico, de conciencia y de humanidad; u acepte esta franca opinión: no es una noble acción, digna de un soldado valeroso como creo él haya sido.

Miguel Bakunin, sobre quien tantos han escrito, no tiene necesidad de defensores, pero a veces recordar conviene.

Yo no sé si Bacchelli ha leído todas las obras de Bakunin y aquéllas que a él se refieren. Temo que no. Si las ha leído, crea el señor Bacchelli que no ha comprendido nada de Bakunin, como hombre político, hombre de familia, hombre ruso, hombre internacional, nada. Si él hubiese comprendido algo de todo lo que constituye el pensamiento y el espíritu de Bakunin, no nos habría dado los dos volúmenes de *Il Diavolo a Pontelungo*. El protagonista de la novela que el autor en cuestión nos ofrece es un fante, cuyo rostro es irreconocible para toda persona provista de una cierta cultura histórica y social.

En el libro de Bacchelli se entrevé un Bakunin embrollón, vividor, que se aprovecha de la buena fe del joven Cafiero y de otros pobres ilusos, que es el primero en traicionar con los hechos los propios ideales, y en él se pueden leer otras tantas insulceses e inexactitudes, escritas, por lo menos, con una buena dosis de ingenuidad.

Quiero creer, por la dignidad del hombre y del escritor, que Bacchelli obre de completa buena fe, pero acepte un consejo y es que antes de escribir una novela histórica lea atentamente la historia y dedique a ésta algunas horas de estudio cotidiano. En el caso presente, habría hecho bien en leer la *Historia de la Internacional* de James Guillaume y la *Biografía de Miguel Bakunin* de Max Nettlau, ya que no los escritos mismos de Bakunin. Léalas, que siempre está a tiempo, medítelas, y verá qué ofensas ha inferido a la verdad, y seguramente será el primero en dolerse de ellas.

Aquí yo no quiero discutir sobre las ideas de Bakunin; otros lo han hecho, en pro y en contra, hasta agotar el tema; pero me parece que uno de los fines que el autor se propuso consiste en denigrarlo, disminuyéndolo en la vida privada, para poder así herir a través del hombre achicado, empequeñecido, las ideas a las cuales él ha dado vida. Esto aparte de ser un medio anticuado y del cual se ha abusado ya demasiado, es también una manera de obrar un poco ingenua y mezquina.

Un hombre que como Bakunin ha renunciado a todo por un ideal: a una casa, a una inmensa riqueza, a un título nobiliario, a una posición elevada en la corte del Zar, a la estimación de los amigos y al afecto de los suyos, todo para andar peregrinando a través del mundo predicando la propia verdad, aquella que él creía firmemente que fuese la única verdad portadora de felicidad a los hombres, un hombre que ha sufrido diez años de presidio zarista y de trabajos forzados en Siberia y eternamente tráfuga de país en país se ha constituido en el caballero del propio ideal, un hombre de tan gigantesca talla no puede ser de ningún modo siquiera rasguñado por las frases de Bacchelli que cree poder, con pocas páginas manchadas de negro, destruir bajo el ridículo y la falsedad, toda una vida de batallas y padecimientos.

Y es necesario agregar que el libro en cuestión está escrito con cierta habilidad de estilo y de técnica lo que acaso le permita, alguna vez, conseguir su intento de denigración, si es que se lo ha propuesto.

¿Qué ha querido escribir Bacchelli: un libro histórico o un libro polémico? Si fuese un libro histórico, debería tener por lo menos la cualidad de proyectar los hechos lo más objetivamente posible. Si es un libro polémico, no ha sido escrito ciertamente en nombre de la verdad.

De cualquier modo, sea un libro o novela histórica, sea un libro polémico u otra cosa, el señor Bacchelli al escribirlo ha cometido una mala y fea acción que deberá registrar en los años de su juventud.

Yo le deseo que ésta sea la última.

LUIS BAKUNIN